

¿Para qué sirven los partidos?

Por: RUDOLF HOMMES |

8:40 p.m. | 21 de Febrero del 2013



Rudolf Hommes

Si los partidos no purgan a los corruptos, sino que los amparan y les dan apoyo, la ciudadanía deja de creer en ellos.

El estudio del Barómetro de las Américas trae malas noticias sobre el desprestigio ascendente de los partidos entre la opinión pública del continente.

En Colombia, la confianza de la población en los partidos ha descendido abruptamente en los últimos 5 años de 40,8 por ciento en el 2008 a 31 por ciento en el 2012, y solo el 25 por ciento de los encuestados expresan simpatía por algún partido político, mientras que en otros países en donde operan y son fuertes los partidos, el nivel de simpatía por ellos es superior al 60 por ciento.

La percepción de corrupción política aumentó en los últimos cinco años, a la par con la corrupción, de 72.3 por ciento a 81.7 por ciento. Colombia, en el 2012, figura en primer lugar en nivel de percepción de corrupción en las Américas, algo que es lamentablemente novedoso. Algunos analistas le atribuyen esta indeseable distinción a que recientemente se han destapado muchos escándalos, pero esto también es un reflejo de mayor corrupción.

Si los partidos no purgan a los corruptos sino que los amparan y les dan apoyo, la ciudadanía deja de creer en ellos.

La gente los percibe razonablemente como asociaciones de políticos corruptos y no como instituciones al servicio del Estado o de la sociedad. Pueden estar pagando justos por pecadores en esa percepción, pero lo cierto es que los justos se alían con los pecadores para ganar las elecciones y les hacen cuarto cuando ellos obtienen sus votos acudiendo a métodos cuestionables o hasta reprobables que los partidos no condenan sino de palabra.

Se quejan algunos líderes de que los partidos son roscas clientelistas cerradas que no permiten la entrada de reformistas o de independientes y esto da lugar a la antipolítica y al progresismo. Pero estas reacciones pueden

convertirse en versiones pasteurizadas de caudillismo, como sucede en Ecuador, donde el desprestigio de los partidos le abrió el campo al actual presidente para entronizarse en el poder, o como sucedió en Venezuela en forma más cruda.

A esto se refiere Eduardo Posada Carbó en uno de sus artículos recientes, en el que responde a críticas que les ha hecho Enrique Peñalosa a los partidos colombianos por antidemocráticos, por no dejar entrar a nadie que sea distinto o que pretenda introducir nuevas ideas o buenas costumbres. Posada advierte que si se debilitan los partidos y surge el caudillismo el próximo paso puede ser la dictadura, o algo que se le parezca. Hace una defensa del sistema de partidos como [soporte](#) de la democracia.

En un artículo anterior ('Rehabilitar los partidos políticos', EL TIEMPO, 26 de julio de 2012), Posada había hecho un breve repaso de filosofía política en relación con las funciones y la utilidad de los partidos. Los partidos sirven para regular las rivalidades, para formar gente para gobernar, para presionar a distintas facciones a unirse para "debatir juntos" y facilitar compromisos y negociaciones. Integran "políticamente a la población; se asocian con una narrativa comprensiva y general de los problemas sociales y propician actitudes en favor de las concesiones mutuas y los acuerdos, es decir, de la tolerancia".

Pero la mayoría de los que operan en Colombia no hacen eso. El partido de 'la U' no ha podido regular las rivalidades entre sus líderes, el Polo tampoco lo logró. Por la misma razón, el liberalismo se dividió en varias facciones y el Verde no despegó. Tampoco propician actitudes para facilitar acuerdos ni integran a la población. Si no la están azuzando en contra de las negociaciones de paz, están tratando de pasar agachados sin que los asocien con los problemas sociales que deben ayudar a resolver. Su interés y su atención no trascienden las próximas elecciones. ¿Cómo pueden ser garantes de democracia?